

Será por dinero

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: © Dragon Claws / iStock

© Aitor Marín Idiáquez, 2026

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-70-7

Depósito legal: M-21.659-2025

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Aitor Marín

SERÁ POR DINERO

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*Para Yojana. Como siempre.
Qué pena no creer en las promesas idiotas
de los reencuentros en el más allá.*

«¡Ah!, el dinero, ¡ese dinero corruptor, capaz de envenenar, que desecaba las almas, ahuyentando la bondad, la ternura y el amor al prójimo! Él solo era el gran culpable, el mediador causante de todas las crueldades y de todas las inmundicias humanas».

ÉMILE ZOLA, *El dinero*

«Dos de cada tres españoles hechos a sí mismos están mal hechos».

El Mundo Today,
titular del 11 de agosto de 2021

Galería de personajes

PASCUAL CORDERO: detective privado.

PASCUAL CORDERO ORIGINAL: padre de Pascual Cordero.

RAMÓN GLASÉ: multimillonario magnate de la hostelería.

SAGRARIO PEUSEC: esposa de Ramón Glasé.

RAMÓN JÚNIOR: primogénito de Ramón Glasé y Sagrario Peusec.

ELOÍSA GARCÍA PEUSEC: segunda hija del matrimonio.

HUGO GLASÉ: hijo pequeño del matrimonio.

PAZ CARNAL: expresentadora de televisión y amante de Ramón Glasé.

MARGARITA SOMONTANO: exsecretaria y examante de Ramón Glasé.

FRANCISCO JOSÉ ESCOMBRERAS: comisario de policía jubilado.

PRIMO Y DODÓ: sicarios ahora al servicio de Francisco José Escombreras.

CAMILO SORIA: periodista, exdirector de informativos de la televisión pública y biógrafo de Ramón Glasé.

MANUEL GONZÁLEZ AHÍTO: inspector jefe de policía.

TESLA: apodo del mendigo Gaspar, que se dedica a dar sablazos por El Rastro de Madrid.

DOCTOR CARLOS ALBORNOZ: médico forense, allegado de Ramón Glasé.

GINÉS DE LA SERNA MARUGÁN: notario.

PRIMERA PARTE

Luces y sombras de El Visón

Capítulo I

Cinco años lleva detrás de la caja y nunca ha visto nada igual. Ante ella, un señor de mediana edad, ni alto ni bajo, pero chupado como un palo secado al sol le tiende la mano para mostrarle cuatro monedas. Ella alterna su mirada entre sus ojos pequeños, hundidos, ojerosos y en constante movimiento, y los dedos delgados y nerviosos que hacen girar los céntimos en su palma. Al volver a levantar la vista, le resulta inevitable fijarla en el brillo de la enorme frente del caballero, que se abre terreno orgullosa, entre un pelo ralo y retirado en desbandada, hasta la cúspide de una cabeza redonda, repeinada hacia atrás en surcos perfectamente ordenados. Ante la confusión de la cajera del supermercado, el hombre insiste.

—Señorita, creo que me ha dado diez céntimos de más.

—Déjeme verlo —reacciona por fin la empleada al tiempo que recoge las vueltas de manos del cliente y cuenta las monedas con agilidad—. Pues tiene razón, discúlpeme. Estamos aquí todos locos con lo de la repentina muerte del millonario y andamos un poco despistados.

—No pasa nada, lo entiendo —responde Pascual Cordero mientras recupera la cantidad correcta que la empleada le ofrece con una sonrisa de lo más profesional.

En realidad, Pascual Cordero no tiene ni idea de lo que le cuenta la dependienta, y es raro porque, dedicándose a lo que se dedica, debería tener un radar especial para los fallecimientos inesperados. Y más si se dan entre la clase adinerada, la única que puede pagar bien sus servicios.

Tampoco es la primera vez que Cordero sorprende a un trabajador de un comercio por su empeño en devolverle esos cén-

timos o euros de más entregados por error. Aunque pocos lo crean a causa de sus antecedentes, sería totalmente incapaz de quedarse con un dinero que no es suyo. Pascual es un hombre recto. Para él, la vida son leyes, normas, advertencias y recomendaciones que hay que cumplir sin pensar. Justo ahí, delante del paso de cebra, se muere de ganas de sacar el teléfono móvil del bolsillo y buscar quién es ese pez gordo que ha fallecido y del que, por lo visto, habla todo el mundo, pero no lo va a hacer. Es peligroso caminar por la calle mirando el teléfono, y no digamos cuando vas conduciendo, se recuerda casi irritado consigo mismo solo por habérsele pasado semejante idea descabellada por la cabeza. Y eso que apenas coge el coche. Solo cuando su desempeño profesional se lo exige.

Esperará a llegar a casa. Y tardará. No porque esté lejos, sino porque su personal camino de baldosas amarillas le exige detenerse en cada semáforo, en cada paso de cebra, y ceder el paso a ancianos, mujeres con niños y mujeres sin ellos. Al final tarda más de quince minutos en atravesar las cinco manzanas que separan el supermercado de la casa de su padre, donde vive, justo ahí donde se acaba El Rastro, y Madrid, como la tremenda impostora que es, cambia de identidad.

Nada más entrar por el oscuro y estrecho pasillo, saluda a su progenitor, el Pascual Cordero original, con un sonoro «¡Hola, padre!» que hace mucho que ya no recibe respuesta. Luego, vacía la bolsa del supermercado en la mesa de formica de la cocina, que tiene más años y marcas que el propio Pascual, y guarda las cuatro cosas de la compra metódicamente, cada una en su sitio, pues en esta casa todo tiene su lugar asignado, lo que incluye a sus propios inquilinos: el padre, en su habitación, y el hijo, casi siempre en la suya, cuya decoración apenas no ha cambiado desde que era niño, ya que ni entonces ni ahora ha dedicado un solo minuto a dotar al espacio de un mínimo de personalidad; las ciruelas, por su parte, en el cajón del frigorífico, la leche en la puerta del mismo, y los productos de limpieza en el armario bajo el fregadero, aunque

ya apenas caben, pues Pascual compra lejía, friegasuelos y lavavajillas cada dos por tres, siempre asaltado por la duda de si se le habrán acabado ya.

Tras desnudarse y ponerse un raído chándal de andar por casa, Cordero por fin puede consultar en internet la noticia del día. De la semana. Del mes, quizá: ha muerto a los sesenta y ocho años Ramón Glasé, el gran empresario de la hostelería española. Un fallecimiento inopinado e inexplicable. Mientras dormía, asegura el comunicado del abogado de la familia. No ha sufrido, pero deja un dolor irreparable en su viuda y sus tres hijos, así como un inmenso agujero en el tejido empresarial del país. «Siempre se van los mejores», declara compungido un miembro de la patronal que, casualmente, tenía cita en los juzgados el mismo día que el finado para explicar ciertos asuntos de corrupción y tráfico de influencias.

Y así todo. La prensa, dando vueltas sobre el asunto como perros luchando por un hueso al que no le queda nada que roer. Ni un detalle sobre la defunción, ni nada de nada. Anécdotas de su biografía maquilladas a conveniencia, grandes hitos empresariales del ilustre difunto, golpes de pecho de quienes dicen que lo conocieron de cerca o lo admiraron de lejos, y condolencias varias plagadas de los tópicos de siempre.

A Pascual Cordero su olfato de detective privado le dice que ahí puede haber algo interesante. Lo rumia, más que nada por deformación profesional, por esa deformación de su profesión que le ha hecho pasar en tan solo un lustro de investigar algún que otro asunto menor a desesperarse por la falta de clientes. Apenas un par de infidelidades descubiertas más por la dejadez de los amantes que por su sagacidad, y tres o cuatro estafas a compañías de seguros. Tan flagrantes que Cordero casi no pudo arrogarse ningún mérito.

¿Cómo ha acabado Pascual Cordero convertido en un detective de medio pelo? Bueno, esto es algo a lo que ya llegaremos, porque lo importante ahora es que su historia vaya cogiendo impulso y nos arrastre a todos al que sin duda será

el capítulo más importante tanto de su vida personal como profesional.

Ha transcurrido lentamente una semana larga, larguísima de otoño desde que la noticia de la muerte del siempre recordado Ramón Glasé lo inundó todo. Y, sin embargo, no se ha sabido casi nada más. Los mercados y los familiares esperan impacientes la apertura del testamento del magnate. La herencia, aventuran los medios, será de órdago, morrocotuda, aunque, según algunas fuentes, solo a un afortunado le tocará el gordo; en cambio, otros auguran que el premio estará bien repartido. Sentado muy recto en su cama, Pascual Cordero comenta que parece que este año la lotería de Navidad se ha adelantado unos meses. Lo hace más para él que para su padre, quien, en su propio dormitorio, es imposible que lo oiga. Y lo hace mientras mantiene fija la mirada en la ventana que asoma con resignación a un patio negro de hollín y abandono que apenas usa ya nadie ni para ensuciar la ropa recién lavada. Es una de las costumbres de Pascual. Cada día a las seis y media de la mañana suena el radiodespertador y él se incorpora de la cama y se queda así, inmóvil, en pijama, orientado hacia la primera luz natural del día, con los ojos muy abiertos, casi sin pestañear, dejando que la actualidad penetre en él, como si de este modo fuera capaz de asir por fin un mundo que siempre se le ha escapado. El locutor pasa de los temas nacionales a los internacionales sin mencionar una palabra del asunto Glasé. Otros escándalos políticos y económicos lo han desplazado ya a la irrelevancia. Una lástima, se dice Cordero. Le gustaría saber más detalles del caso. Por fin, se estira enérgicamente e inicia el resto de su liturgia matinal, que incluye una tabla de ejercicios de solo diez minutos —lo justo para mantener los músculos en alerta—, una manzanilla con tostadas hechas con el pan abandonado la víspera, y una ducha rápida con agua templada, casi fría, reminiscencia de su pasado militar. Una

vez vestido, baja al quiosco en busca del periódico, algo que no hace todos los días —por lo general se conforma con los titulares en internet—, pero a lo que se ve empujado por la curiosidad que le despierta el óbito reciente del magnate.

Compra dos. Y, tras subir a la carrera los escalones que llevan a la primera planta, la suya, es decir, la de su padre, saluda al silencio, se sienta en la cocina y se afana en pasar las páginas en busca del asunto. En la sección de economía, encuentra un breve bastante decepcionante sobre la incertidumbre acerca del futuro del emporio Glasé tras la desaparición del fundador. Los mercados, señala la nota, esperan intranquilos la apertura del testamento, algo para lo que aún no hay fecha, lo que extraña a Pascual. En ese diario, no hay más, pero en el otro, de corte más sensacionalista, dan un repaso a toda la familia del hostelero. Hablan de sus tres hijos: Ramón, el mayor, un bohemio que vive alejado de la familia y de los bienes materiales porque solo le interesan los espirituales; Eloísa, la hija, segunda en orden de sucesión, famosa diseñadora que se ha labrado una carrera nacional e internacional en la moda gracias a la originalidad de sus creaciones —Cordero observa en una de las fotos a una modelo desfilando con cara de asco dentro de un saco que bien podría ser la carpa de un circo—, y Hugo, el pequeño, el emprendedor, el exitoso fundador de Soluciones Glasé, una empresa de servicios integrales que, según la gaceta, va viento en popa. Ninguno de los tres, por lo que se ve, tiene la menor intención de continuar con el legado paterno, pero queda una cuarta pata de esta mesa familiar, Sagrario Peusec, la matriarca, la gran mujer detrás de cada gran hombre, el apoyo que siempre estuvo ahí y, según algunas fuentes de esas que prefieren mantenerse en el anonimato, la persona más indicada para sostener sobre sus hombros todo el peso de Glasé Hoteles y del resto de las empresas que están en juego. También hay una foto de ella: pelo rubio convenientemente recogido, ojos claros algo hundidos y una sonrisa fingida por medio de unos labios finos. Toda una se-

ñora en su elegante traje de marca y su collar de perlas. Lo que siempre se espera de la esposa de un magnate de la magnitud de Ramón Glasé.

Dan las ocho de la mañana cuando Pascual se dispone a abandonar la lectura y ponerse con las obligaciones diarias de la casa, empezando como siempre por atender a su padre, cuando suena su teléfono móvil. Responde al tercer tono, después de recuperarse del sobresalto, ya que ha perdido la costumbre de recibir llamadas, y más a esas horas, y comprobar que la pantalla muestra un número desconocido.

—Pascual Cordero, detective privado —contesta, con su tono más profesional y cierta carraspera por no haber abierto la boca desde que se ha levantado.

—Buenos días, mi nombre es Paz Carnal. No sé si eso le dice algo.

Pascual Cordero corre por la casa en busca de su libreta y su bolígrafo, porque le gusta apuntarlo siempre todo, mientras se repite el nombre de la mujer en la cabeza en busca de algún dato que, efectivamente, le diga algo, pero no. La voz al otro lado de la línea es juvenil y, si se lo permitiera, incluso Pascual podría decir que sensual; sin embargo, él no es de esa clase de tipos.

—No mucho, seño...

—Señorita —responde resuelta la señorita Carnal.

—¿Puedo preguntarle a qué se debe su llamada?

—Trabaja usted como detective privado, ¿verdad?

—Así es. Ya se lo he dicho al saludar.

—Pues a eso se debe mi llamada. Me gustaría que investigara usted un asunto. Con la mayor discreción. ¿Podríamos vernos hoy mismo?

—Sin ningún problema. —Pascual tampoco es de los que se inventan una agenda repleta para darse importancia—. Esta tarde si le viene bien. Me acerco yo donde usted me diga.

—Genial, pues quedamos a las cinco en la cafetería del hotel Vallenuevo. ¿Sabe dónde es?

—Lo busco, no se preocupe. Solo una cosa más...: ¿puede indicarme cuál es el asunto que nos ocupa?

—Por supuesto. Quiero que investigue la muerte de Ramón Glasé. Supongo que esto sí le dirá algo. Hasta esta tarde, señor Cordero.

Derrumbado sobre una silla de la cocina, Pascual tarda un buen rato en ordenar sus ideas al tiempo que se rasca de forma inconsciente la ancha frente. ¿En serio ha mentado esa mujer a Ramón Glasé? ¿La muerte de Ramón Glasé? El detective tiene que consultar sus notas para recordar el nombre de su interlocutora. «Paz Carnal», parece haber escrito en la libreta. Nervioso, se dirige a paso firme a su habitación, enciende el ordenador, introduce su clave y escribe en Google el nombre y apellido de la susodicha. La pantalla enseguida se inunda de fotos de la mujer, de unos diez años atrás, en traje de baño o vestida de gala, casi siempre con una banda brillante sobre el pecho y una corona de reina de la belleza. Paz Carnal, coronada Miss, siempre con una bonita sonrisa de dientes blanquísimos, perfectamente ordenados, como si no hubiera tenido necesidad de usarlos nunca. «Paz Carnal, la mujer más bella de España». «Paz Carnal representará a nuestro país en el concurso de Miss Universo». Los titulares también tienen más de una década y, al rascar más en los resultados, Cordero descubre que la carrera de esta reina de la belleza tuvo un breve paso por la televisión, en programas que tal vez ya nadie recuerde, y luego terminó. A Pascual le gustaría poder preguntarle a su padre por esos programas y galas, pero a estas alturas para qué.

Cordero tiene que incluir el nombre de Ramón Glasé en el buscador para hallar la relación entre los dos personajes. En varias fotos, Paz Carnal aparece, en un discreto segundo plano, en actos organizados por Glasé Hoteles, siempre sonriente y siempre detrás de don Ramón. Curiosamente, aunque

se nota levemente en su rostro el paso de los años, se diría que le ha crecido el busto y que, lejos de acatar las leyes de la gravedad, el mismo se alza más orgulloso y turgente que en las imágenes de su extrema juventud.

Hay una foto en la que «la famosa presentadora Paz Carnal», así reza la información que acompaña la imagen, ejerce de maestra de ceremonias en un acto empresarial organizado por la prestigiosa compañía del influyente empresario. En la siguiente instantánea, Ramón Glasé entrega a la guapísima conductora del acto un espectacular ramo de flores en agradecimiento a su buen hacer. No hay que haber estudiado investigación privada para adivinar en ese cruce de miradas algo más que una casta complicidad. Pascual Cordero empieza a atar cabos.